

ÁNGEL BERLANGA

**Prólogo:
Centro delantero
y escritor**

Lo primero que quiso fue ser futbolista. Centrodelantero. De San Lorenzo. Seguía los relatos de Fioravanti desde los pueblos y las ciudades del interior donde pasó la infancia y la adolescencia, y se imaginaba ahí, en el Viejo Gasómetro, junto a Dobal, Rendo, Areán, Veira y el Manco Casa. Mientras, decía, buscaba consolidarse como goleador en Confluencia de Cipolletti. «A mí me sirvió mucho en la vida ser “centro-fóbal”», aseguraba, y se explayaba en el olfato y las mañas, en la decisión y la oportunidad, en la sabia apreciación de un pique o un efecto, en la búsqueda implacable del tiro certero que, por azar o por sabiduría, cambie el resultado. Si hay quienes aseguran que pueden descubrir las conexiones, dentro de un equipo de fútbol, entre el tipo de jugador con el tipo de persona, también puede decirse aquí que hay en Soriano unos hilos invisibles que van desde su puesto en la cancha hasta su forma de escribir. Por citar a su querido Roberto Arlt, «el *cross* a la mandíbula», que aquí es la volea precisa que vence al arquero y conmueve a simpatizantes y adversarios. Con reacciones opuestas, claro.

Una vez le preguntaron de dónde venía eso de ser hinchas del «cuervo»: que no tenía una explicación certera, respondió.

Su padre era de River y su madre de nadie, pero ambos eran españoles y, conjeturaba, la mayoría de los inmigrantes españoles en Argentina eran hinchas de San Lorenzo. «Pero es una especulación, nadie me hizo de los santos —decía—. A ver: en una de esas, porque a los tres años, esa edad que tanto preocupa a los psicoanalistas, viví el título que ganamos en el 46. No sé, nunca pensé en otra camiseta». Poco después de ese campeonato, en diciembre de ese año, el equipo inició su mítica gira por España y Portugal, con el vasco Ángel Zubietta como capitán y figura. A lo largo de un mes y medio jugaron diez partidos, con una única derrota contra el Real Madrid, empates contra el Sevilla, el Deportivo de La Coruña, el Valencia, el Athletic de Bilbao, y triunfos por goleada ante la selección portuguesa, 10 a 4, y la española, 7 a 5 y 6 a 1. Ser hincha de San Lorenzo en las provincias, sin embargo, significaba ser un bicho raro. «Porque la distancia hacía que llegaran solamente los ecos de los famosos, de Boca y de River. En el aula había uno de Independiente y como mucho otro de otro cuadro, en mi caso, San Lorenzo. Me comía todas las gastadas. Le había pedido a mi mamá que me tejiera una bufanda azulgrana: ¡para qué te cuento!».

Decía que dejó de jugar por una lesión en la rodilla. Que leyó su primer libro de «literatura» a los veinte años porque en su casa no había biblioteca. Decía que no terminó la secundaria. Que escribió sus primeros cuentos —insalvables, aseguro— mientras era sereno en una fábrica, en Tandil. Esos «detalles» figuran en el currículum de lo segundo que quiso ser: periodista y escritor. Quiso contar. Quienes lo conocieron bien coinciden en que era un gran narrador oral. Sus escritos en *La Opinión* y en *Página/12*, sus siete novelas y sus cuatro libros de artículos y relatos tuvieron una aceptación extraordinaria entre los lectores y eso, tal vez, lo convirtió en sospechoso

para algunos colegas y académicos. A Soriano le molestaba la falta de reconocimiento de estos sectores y más de una vez les respondió: «La literatura argentina es muy solemne, carece de épica y de sentido del humor».

Esos dos elementos, constantes en su escritura, están especialmente presentes en estos relatos de fútbol. A través de ellos Soriano inventa y se reinventa, ya que en muchos él mismo es personaje y/o protagonista: un centrodelantero juvenil que juega en las ásperas y ventosas canchas de la Patagonia. En estos textos Soriano consigue capturar la belleza y las tensiones de los instantes decisivos del fútbol, compuestos sobre todo a partir de las fantasías y las concepciones de quienes lo juegan. Una cancha de fútbol resulta, para él, un escenario propicio para enfocar al hombre; en un partido y sus alrededores caben el talento y la torpeza, la gloria y el fracaso, la justicia y la corrupción, lo desmesurado y lo conservador, el picado y la final de un Mundial, lo real y lo ficticio, el débil y el poderoso. Solía citar a Camus: «En una cancha de fútbol se juegan todos los dramas humanos». Soriano parece reforzar la apuesta con las *Memorias del Míster Peregrino Fernández*, el jugador y técnico retirado que recorrió el mundo y se cruzó con personajes claves en momentos cruciales; en los últimos cuentos de Soriano, este viejo entrenador evoca sus aventuras, en las que aparecen, entre otros, el legendario Américo Tesorieri, el general Perón, Stalin, Sartre y el propio Camus, de quien recuerda su época de arquero y al que rescata como «uno de los pocos intelectuales que tenía potrero».

El punto de vista desde el que cuenta Soriano anda lejos del tono superado, canchero, ganador, y eso hace a la estética de sus relatos. Acaso sea un error enfocar en victorias y derrotas, porque aunque suele contar de estas últimas, cuando cuenta de triunfos vienen seguidos de consecuencias que los

relativizan. Así, Obdulio Varela, tras narrar cómo vivió en el Maracaná el partido que Uruguay le ganó a Brasil en la final del 50, asegura que hubiera preferido perder de haber sabido de la enorme tristeza que iba a provocar entre los brasileños. La pobreza en la que viven Xirau y Giannella, dos de los hacedores de San Lorenzo, contando de los comienzos del club a poco de los campeonatos «cuervos» de 1972, es otro ejemplo. Este rasgo, presente en sus textos más «periodísticos», se profundiza en sus relatos «literarios».

Lo que le interesa a Soriano, más bien, es la fantasía de lo que a partir del fútbol puede ponerse en juego, y esto muchas veces tiene que ver con la supervivencia, con la valoración, la indiferencia o el desprecio de los otros, con las propias capacidades, valentías y miserias. Con la concepción del mundo. Soriano vio que en el universo de lo que primero quiso ser tenía elementos muy útiles para el escritor, para el gran contador de historias que terminó siendo. Escritas a lo largo de veinticinco años, las narraciones que resultaron de esos cruces entre fútbol, periodismo y literatura están aquí, a continuación, en los cuentos y crónicas que siguen.

ÁNGEL BERLANGA

NOTA PRELIMINAR

Esta edición reúne todos los relatos sobre fútbol incluidos por Osvaldo Soriano en *Rebeldes, soñadores y fugitivos*; *Artistas, locos y criminales*; *Cuentos de los años felices* y *Piratas, fantasmas y dinosaurios*, los libros de recopilación de crónicas, semblanzas, historias de vida y textos de diversa índole que publicó en vida. Como criterio general se ha optado por reproducir la última versión dada por él —con el tiempo Soriano realizó ligeros cambios en algunas piezas— y por mantener, casi en su totalidad, las notas introductorias que solía anteponer para contextualizar su trabajo. Muchas de estas notas constituyen, en sí mismas, pequeñas historias.

Un año después de la muerte de Soriano fueron publicadas en libro las *Memorias del Mister Peregrino Fernández*, los últimos cuentos que escribió para *Página/12*. Esta edición también los incluye, aunque con diferencias respecto de aquella; se optó, aquí, por mantener los títulos que Soriano le dio a cada unidad y por independizar la saga del resto de los relatos que tienen al personaje como protagonista. Aunque «Peregrino Fernández», «Nostalgias» y «Casablanca» funcionan argumentalmente como precursores de las *Memorias*, ya habían sido publicados antes en *Piratas, fantasmas y*

dinosaurios, tienen algunas diferencias formales respecto de la saga y, sencillamente, no fueron presentados por Soriano como parte de ella; por esas razones se disponen aquí como relatos independientes.

Entre el primero y el último de los cuentos dedicados al Míster transcurrieron once años: es muy curiosa la evolución de este personaje, al que Soriano planeaba convertir en el protagonista de su próxima novela. A lo largo de este volumen puede seguirse esa evolución, ya que, aunque dispersos, los relatos aparecen acompañando el recorrido alucinado que les imaginó Soriano a lo largo del tiempo. «El Chango Agüero, Schopenhauer y el descenso», un cuento en el que el Míster es determinante, aparece por primera vez en España publicado en libro.

Este volumen incluye, además, otros dos textos de Soriano inéditos en España: «Finales» y «Últimos días del arquero feliz». Para llevarlos al libro, el escritor solía borrar algunas señales de «actualidad» de la versión original de sus crónicas y cuentos, publicados inicialmente en diarios de la Argentina y Europa; ese procedimiento se utilizó aquí al rescatar, para esta edición, estos tres relatos.

**Arqueros,
ilusionistas
y goleadores**

CENTROFÓBAL

Me acuerdo del tiempo en que empezamos a rodar juntos, la pelota y yo. Fue en un baldío en Río Cuarto de Córdoba donde descubrí mi vocación de delantero. En ese entonces el modelo del virtuoso era Walter Gómez, el uruguayo que jugaba en River, pero también nos impresionaba Borello, el rompeportones de Boca. Los dos llevaban el nueve en la espalda, como Lacasia en Independiente y Bravo en Racing. Escuchaba los partidos por radio en las voces de Fioravanti o de Aróstegui. Al interior llegaban en cadena o se captaban en onda corta, con una antena de alambre pegada a la chimenea de la casa.

En el potrero donde habíamos fundado el Sportivo Almafuerte, había un chico de sobrenombre Cacho que imitaba al maravilloso Fioravanti. Uno tomaba la pelota y escuchaba, al instante nomás, a Cacho que relataba desde la raya: «¡Alcanza la pelota Soriano, elude a Carreño, se perfila..., cuidado..., va a tirar al arco...!» y con eso yo era feliz. No tuve la fortuna de que Víctor Hugo cantara un gol de los míos, pero cuánta emoción había en los que gritaba Cacho. El pobre nunca agarraba una pelota. Se la tirábamos larga y no llegaba, se la pasábamos corta y seguía de largo. A veces, de lástima,

en los picados le dejábamos algún tiro libre que, sin falta, pegaba en la barrera y hasta un penal que Tito Pereira le atajó con las piernas.

Era tan negado para el fútbol que aun de arquero resultaba un incordio. No era gordito, ni tonto, como dicen los lugares comunes del fútbol. Simplemente era el chico con menos talento que haya vivido en esos parajes. Entonces lo mandábamos a que transmitiera desde afuera de la cancha. Agarraba un micrófono de juguete, corría por entre el yuyal y todo era distinto: nuestro mundo se iluminaba de proezas y emociones. En ese baldío estaban el Puchi Toranzo y Leonel Briones, que jugaban de aleros. *Insiders*, les decíamos. Los otros eran «fulbás», «jas», wines y el «centrofóbal», que era yo. Un nueve rotundo en la camiseta roja. Mi madre me lo había cosido a mano y de tanto en tanto, cuando me iba entre los defensores, algún desairado me manoteaba de atrás y se quedaba con el número en la mano.

Para ser referí bastaba ser mayor. Eso solo ya daba autoridad, y me acuerdo que uno de los partidos más memorables que jugué lo arbitró mi padre, que acertó a pasar por ahí en bicicleta y se paró a verme jugar. En cierto modo el viejo era un intelectual, un hombre de ciencia que de fútbol no sabía nada. De tanto andar por la vida había aprendido que está prohibido tocar la pelota con las manos y que los golpes arteros debían sancionarse con un tiro libre, o algo parecido. Creo que ni siquiera sospechaba la riqueza teórica del *offside*, las faltas veniales como el córner, el pie levantado en plancha y la imitación de voces que practicaba Cacho Hernández.

El que estoy contando fue un partido entre barrios enemigos y con tantas carencias reglamentarias que mi padre no podía sino hacer un papelón. Lo recuerdo parado en el círculo central, de traje cruzado y con los broches de ciclista

cerrándole los tobillos; llevaba anteojos oscuros y un reloj de bolsillo que había sido de su abuelo. Le entregamos uno de esos silbatos que tenían un garbanzo adentro y el capitán de Honor y Patria le protestó de entrada porque un delantero nuestro invadió campo antes de que yo moviera. En esos remotos tiempos movía siempre el centrofóbal. Eran las tablas de la ley: empezaba el nueve, los marcadores de punta hacían los saques de línea y los wines tiraban los córners.

En esos partidos, a Cacho lo poníamos con una sola misión: que imitara las voces de los defensores contrarios. Era tan bueno con la garganta que podría haber trabajado sin dificultad con Mareco o Nito Artaza. Un rato antes de empezar el partido se iba a buscarles charla, a divertirlos con las transmisiones y enseguida los pescaba, sobre todo al arquero. En aquel partido habló nada más que dos veces, y muy poco, pero lo hizo en momentos cruciales. En el primer tiempo, mientras nos ganaban uno a cero, ellos tiraron afuera un vergonzoso penal que cobró mi padre, y poco antes de terminar, cuando estábamos acogotados, Bebo Fernández rechazó como una mula desde el área nuestra. Tendría once años el Bebo, pero podía hacer estallar un neumático de una patada. Tan largo fue el rechazo que sobró a unos cuantos y en el momento en que el cinco de ellos iba a devolver, oyó un «¡dejala!» tan convincente, tan de arquero que sale, que agachó la cabeza. Sobrador, el pibe me miró a mí que llegaba, como diciendo «¿qué tal?» y se desentendió del asunto.

Solo que no era la voz del arquero. Era Cacho, que parecía una cotorra. Un loro barranquero que imita a su perseguidor. Bajé la pelota medio con el pecho medio con la panza, alcancé a ver a mi padre que corría con el silbato en la boca, el traje bien abrochado y los zapatos blancos de polvo, y le di con alma y vida. El arquero seguía abajo de los palos, como

tomando fresco. La pelota entró cerca del palo y como no había red cruzó la calle y cayó en un jardín, justo arriba de las amapolas. Mi padre no sabía que había que señalar el centro de la cancha y se acercó a preguntarme por lo bajo: «Jurame que no la tocaste con la mano». Lo miré a la cara: «Te juro», le contesté. Sudaba como un hombreador de bolsas, tenía el pantalón hecho trapo y los zapatos arruinados. Me imaginé que mi madre iba a poner el grito en el cielo cuando volviéramos a casa.

Mi padre detestaba el fútbol y todas las manifestaciones populares. Por eso aquella tarde se metió a referí. Le fascinaba mandar sobre lo que no comprendía. Pasados los cuarenta, era de los que se creían superiores por sostener que el fútbol consiste en veintidós imbéciles corriendo detrás de una pelota. En caso de que le preguntaran decía que simpatizaba con River y si lo apuraban era tan mentiroso que podía declararse amigo de Distéfano. Al rato de iniciar el segundo tiempo cobró un gol de ellos, para mí bastante dudoso porque la rama que hacía de travesaño se había caído y la altura se medía a ojo de buen cubero. Estábamos perdiendo y encima nos bailaban. Uno de esos bailes bonitos, contagiosos, como pueden dar los brasileños o los colombianos. Admirado, Cacho Hernández ya transmitía desde su puesto de *wing* y eso excitaba todavía más a nuestros verdugos. Tanto se entusiasmó mi padre que ni bien les tocábamos los talones cobraba y encima nos daba un reto. Por esas cosas que tiene el destino esa tarde iba a dejarnos algunas lecciones. Los de Honor y Patria hicieron todo para golearnos pero solo pudieron meterla dos veces en el arco. Puro azar: la pelota daba en los palos, en nuestro arquero, en la cara del Puchi Toranzo, picaba en los pozos y se desviaba y así siguió hasta el amargo final.

En un contraataque Briones me la tiró por entre la defensa adelantada y me fui solo. Tenía tanto miedo de errar el gol que se la toqué a Cacho Hernández cuando oí que llegaba. Era de una torpeza tal el pobre chico que ni bien acomodó la pelota con el brazo empezó a pedir la infracción con la voz de Fioravanti, a gritar «¡Pésimo el referí!», mientras pateaba al arco vacío. Era el primer gol que hacía fuera de los picados y salió gritando como loco mientras mi padre señalaba, solemne, el medio de la cancha. Dos o tres minutos más tarde, en un paréntesis del baile con túneles y taquitos, un morochito pelado a la cero me quitó la pelota en el área con la elegancia de una niña que toma clases de piano. Yo grité como si me hubiera quebrado y empecé a revolcarme en el suelo. Ahí nomás mi padre cobró penal y expulsó de mal modo al morocho.

Confieso que rematé con un deleite perverso. Sabía que coronaba una injusticia, pero al mismo tiempo intuía que esa aberración provocada por la ignorancia de mi padre nos metía de lleno en las miserias de la vida. Cuando volvimos a casa, mi madre anduvo gritoneando un rato y al final nos mandó a la cama sin cenar.